

Disparatario

La máscara

por Carlos Illescas

No acepta nadie de buen grado la cara que la naturaleza le ha concedido, antes bien la rechaza y en el mejor de los casos la asume mediante condiciones dictadas por el narcisismo.

En el conflicto de rechazarla y de aceptarla a regañadientes hace su aparición la máscara. Es ella encarnación de una voluntad de estilo dictado en el arte y desarte de morirnos; si se quiere, de existirnos a medias.

Las máscaras perfectas poseen una expresión solamente. Ejercen su actividad en un sentido, cualquiera, sobre el camino único del dolor, el entusiasmo, la ironía, la risa, la solemnidad; todas, rutas diferenciadas. En su lenguaje no existen los sinónimos y por dicho motivo impiden incurrir en anfibologías cegatonas al momento de evaluarse el alma del amor, la voluptuosidad, el orgasmo, la mística, en sus llamas más ceñidas.

Conviene que digamos que cuando los dioses desean perdernos, dotan de infinitas expresiones a las máscaras. Aspiran y logran que los vanidosos interpretemos

equivocadamente los rasgos fisonómicos del mundo, no atinemos si pertenecen a cielo o infierno, fundiéndonos en unidades absurdas. Conceden alegorías caóticas, tejidas con un mismo hilo por la alegría y el júbilo, la tristeza y la melancolía, las bromas y las veras, todos sinónimos de analogismos paranoicos.

Los dioses gustan encubrir con rostros ilusorios a las cosas simples, con objeto de hacer prevalecer la duda. La única realidad que lleva por máscara su propio rostro.

Entendamos metafísicos que no es posible imponer matices, gestos, colores y símbolos a las máscaras, porque son ellas expresión sintética de objetos y enseres; si no fuese así, la representación secreta de nuestro rostro —instrumento de trabajo, el más gastado— adquiriría el maniqueísmo. En efecto, oscilaría entre una noche y un día indefinidos. Crepúsculo similar a un eterno amanecer gratuito. El infierno.

Como la máscara es realidad nos aparta de los riesgos en la multiplicación de personalidades. Nos conduce del espejo de las apetencias superficiales a la zoología que subyace en el alma. Nos muestra a los antepasados serpientes, águilas, sapos, coyotes, halcones, pero también leopardos. Esta zoología nos alerta contra la falacia de que provenimos de un cielo antropomórfico.

Nunca hemos sido ni seremos dioses.

Desde el punto de vista de la magia, las máscaras viven su propia vida, nos asimilan a presencias fantásticas gratas a los brujos mayores, cuya misericordia nos es propicia en la medida que reconocemos en ellos la esencia enmascarada de la eternidad.

No envejecen las máscaras y cuando lo hacen vaticinan grandes cambios sociales. La experiencia no alcanza a testificar cuántos días acumulan y cuántas canas aparecen en las barbas conferidas por el antipaso del tiempo. Envejecen, tal vez, sólo fuera de nuestra comprensión. ¡Y a volar mariposa!

Suelen discernir los poetas a la gente muchas máscaras. Actos de fe literarios: una por cada sentimiento, una por cada emoción. Una por cada muerte propia. Según los adivinadores tenemos máscaras de reyes, esclavos, consejeros áulicos malignos, pedigüños, pícaros, vagabundos, revolucionarios, minuciosos usureros, y muchas más, como si alguien prolongara la metáfora sobre rostros sucesivos, sus-



ceptibles de reproducirse sin dejar de ser lo que han sido.

Los imaginativos no distinguen dónde empieza el tiempo de las máscaras y dónde termina la noche de los rostros.

Todo resulta igual al juego en que tú despiertas con la faz de tu enemigo y te odias, pateas, recurres al suicidio y al ejecutarlo ha de volverte, sorprendentemente, tu verdadera máscara, la que amas; te autoelogias en seguida, te acaricias en las cosas del espíritu y terminas engendrando un hijo. ¡Puras imaginérras, sí. Pero...!

El hombre de la calle sufre menos. Cree sólo en lo que toca, palpa y profana. Pero un día ha de percatarse que tuvo en lejano paraíso una hermosa máscara frente a la cámara del fotógrafo a donde acudió con su mujer el día de la boda. Ha de darse cuenta de que el *establishment* le ha robado el derecho o garantía o facultad de zurrarse frente al público *de la gente* y comer bellotas. Se entera entonces que le resta solamente un rostro (el conformismo) para recibir empujones, mentadas y antesalas; reiterado esto hasta la saciedad en cintas magnetofónicas, películas cinematográficas, diarios, discos, pósters en paredes y mingitorios públicos enmarcados con canciones de protesta.

Atinemos, pues, no olvidando que las máscaras son la salud universal. Enterraremos, en efecto, los rostros que las portan pero no las maravillosas pastas de que están hechas, las piedras sabias donde se las talla, la hojalata sensible de sus naturalezas, la madera trascendida a humo en los ritos tribales.



Son navíos de preciosas velas en el tiempo. Oprimen las sienes mientras lanzan mensajes a través de las perforaciones de los ojos. Son la felicidad por la actitud que guardan de ser siempre iguales a toda hora (acto y pensamiento), sin ambiciones, indiferentes a lo transitorio.

Son rezago vivo de carnavales perpetuos, piezas de museos luminosos en movimiento, actuales y arcaicas. Vagabundas y caníbales dignifican caras emputecidas, desafían con éxito situaciones delicadas: nacimientos, entierros, felicitaciones, males cardíacos, la petroquímica. Salen triunfadoras porque no les importa nada: las requieren reyes y emperadores pero también artesanos y obreros; producen reposo en la fatiga y equilibrio en las pasiones; maravillosas, eutrapélicas. Permiten, en fin, levantar barreras al mundo y derribarlas.

Recuerdan que Jehová se puso la cara del descanso burgués el séptimo día de la pantomima, pero también que la hoja de parra es el menos ocurente de los rostros, pero en nada ardid desdeñable; de que entre una y otra máscara no hay más diferencia que una cara difunta, ¿lo sabías amigo espectador?

Cuando se pican los dientes de una máscara, mala señal: advendrá un cataclismo. Esto lo sugieren los libros herméticos escritos por dioses familiares; y una máscara lampiña es menos solemne pero no más antigua. El tiempo se mide en las máscaras por el color convertido en soledad, en *surmenage* y la angustia del retrato.

¡Y fulminará la centella al orgulloso que lleve una máscara sobre otra máscara!

Tú, hermano lobo, que descuidas el futuro, debes saber que la cirugía plástica en máscaras deformes será posible en otro socialismo apoyado sobre otro psicoanálisis. ¿Recuerdas aún los barcos antiguos de rudos mascarones, que alegraban las almas de los naufragos? ¿No es cierto que sólo las máscaras permanecen impasibles en la tierra y en el mar?

Estremécete el día que caigan las falsas máscaras; el mundo se dividirá entonces en hombres y mujeres, inflexiblemente, sin otra alternativa. ¡Será la desnudez, amigo, hemos de verlo, máscara cristalina del alma! Tú serás entonces imagen, palabra en tránsito; la máscara de tu máscara. Sustancia.

Esa cosa difícilmente modelable llamada libertad.

La vuelta al mundo

Rothko y sus hermanos

por Lya Cardoza

El 25 de febrero de 1970, Mark Rothko fue encontrado muerto en su estudio de la calle 69 de Nueva York, semidesnudo, tajadas las venas de las muñecas, en un mar de sangre. Al día siguiente apareció esta nota en *The New York Times*: 'Este pionero del Expresionismo Abstracto estaba en la cumbre de su fama y éxito financiero. Sus cuadros, que se encuentran en los más famosos museos de arte moderno, en ese tiempo valían de \$ 48,000 a 60,000 (dólares) cada uno. Con su muerte, sus precios subieron muy considerablemente.

En su testamento de 1968, Rothko nombró a tres queridos amigos como sus albaceas: el abogado Ries, el matrimonio Ferber y el director de las galerías Marlborough, Lloyd. Menos de tres meses después de su muerte, estos amigos queridos entregaron fraudulentamente 800 cuadros de la propiedad de Rothko a las galerías Marlborough, los poderosos vendedores de pintura internacionales, por una fracción de su valor verdadero.

Indignada por la traición a la confianza de su padre y la dispersión inmediata de la

obra de su vida, la hija de Rothko, Kate, inició un proceso contra los albaceas y las galerías Marlborough. Esta batalla legal se convirtió en la más larga, la más complicada y la más costosa en la historia del arte. Durante cuatro años de litigio y ocho meses de proceso las maquinaciones ofensivas —e ilegales— de los mercaderes del arte fueron dadas a la luz por primera vez.

El caso fue decidido en favor de Kate Rothko, pero la decisión fue el resultado de una miríada de acciones legales y apelaciones; increíble caso de las revelaciones de la corrupción en el comercio del arte han continuado llenando de problemas y descubierto fechorías de museos, galerías y coleccionistas privados por el mundo.

The legacy of Mark Rothko, por Lee Seldes, (Holt, Rinehart and Winston, Nueva York) es un relato de la vida del pintor —quien llegó a los EE UU a los diez años. Nació en Dvinsk, provincia de Vittebsk, el 25 de septiembre de 1903. Se llamaba Marcus Rothkovich. Su querido amigo, Frank Lloyd, se llama Franz Kurt Levai; nació cerca de Viena en 1911. Según su biografía oficial, que no es muy constructiva, inició una galería, la Marlborough, en la Inglaterra de postguerra. El no bien habido dinero de las ventas iba a dar a Liechtenstein, que dicen es el paraíso de los no impuestos, y a los secretos bancos suizos. Esto forma parte de la historia, nunca revelada, de la bilietiza secreta.

En publicaciones recientes (*The New York Times*, 29 de abril de 1979) encontramos esta noticia, entre secciones no principales: "Después de seis años de litigio, el caso Mark Rothko terminó en noviembre de 1977 en la Corte de Apelaciones del Estado de Nuevo York, con el cambio de tres albaceas del patrimonio del pintor y multas de 9.2 millones de dólares para las internacionalmente famosas galerías Marlborough". (!)

La corte estuvo de acuerdo en que los albaceas se comprometieron de manera "equivocada y realmente ofensiva": dejaron que la galería comprara 798 obras de Rothko en una fracción de su precio verdadero.

Quedó un detalle: Frank Lloyd, director de las galerías Marlborough, fue enjuiciado en Manhattan, en marzo de 1977, con cargos de adulterar datos en el caso. Para entonces estaba viviendo en Paradise Island, en las Bahamas (¿lindo lugar, eh? Por allí anduvo el sha de Persia) y se trataba de expedir orden de arresto por el abogado de distrito. Hasta el día de hoy,

